

ALMA, NUMERO, MATERIA
REFLEXIONES DESDE LA PERSPECTIVA
DE LA PSICOLOGIA ANALITICA DE C.G. JUNG

Carlos Beas

A partir de ciertos pensamientos de Jung, es posible desarrollar en nuestra época algunas reflexiones sobre la relación entre el mundo interior y el mundo exterior tomando como un intermediario entre ambos mundos al arquetipo, en el sentido de esta palabra elaborado por Jung, del número natural.

Beginning with certain thoughts in the whork of C. Jung it is possible to develop some reflections about the relationship between inner and outer world. The author asserts that the intermediary between these two worlds could be the archetype of the natural number.

Al lado del descubrimiento de la actividad subatómica en el orden natural, el descubrimiento de la actividad inconsciente en el orden anímico es considerado como uno de los mayores entre los realizados al comienzo de nuestro siglo. Este último descubrimiento implicó una modificación decisiva de la imagen moderna del hombre. Según él, nuestra personalidad no consiste únicamente del campo de la conciencia centrado en nuestro yo, sinó, además, de un amplísimo dominio de actividades anímicas inconscientes que nos es accesible mediante la observación de las imágenes oníricas, de las visiones, de las fantasías espontáneas, de los actos fallidos, de los gestos involuntarios, de síntomas corporales y de otros factores.

Estudiando este dominio de las actividades anímicas inconscientes, encontró Jung que una dimensión del mismo es personal y está constituida por complejos personales, y que una, ulterior, es impersonal, es decir, humana, en general, y parece tener la misma estructura en todos los individuos. A esta última dimensión del inconsciente que se manifestaría del mismo modo en todos los hombres, la denominó Jung "el inconsciente colectivo". Este es, en su concepción, la viva matriz creadora de todas nuestras funciones anímicas, conscientes e inconscientes; la forma estructural propia (pattern) de nuestro ser anímico.

Dentro de este estrato fundamental de nuestra alma podemos aislar relativamente ciertas formas determinadas que motivan, dinámica y formalmente, nuestras emociones, representaciones, sentimientos y acciones. Ante la muerte y en el encuentro entre los sexos, por ejemplo, pero también en otras situaciones humanas, despiertan en nosotros reacciones interiores arquetípicas que son semejantes en todos los hombres de cualquier parte del mundo. Puesto que se manifiestan unidas a emociones típicas, influyen igualmente en la esfera corporal ya que se sabe que el miedo, el amor, el entusiasmo, los sentimientos heroicos, tienen repercusiones fisiológico-químicas directas (temblor de miembros, aceleración del pulso, sudor, etc.) en nosotros. Apoyándose en trabajos anteriores de Janet (1), Jung define el alma como un dominio de lo real que se encuentra, a manera de un espectro, entre el polo "infrarrojo" de las reacciones corporales y el polo "ultravioleta" de las formas de organización (que Jung denominará "arquetipos").

(1) *Janet, P.* The major y symptoms of Hysteria. Harvard Lectures. 1919.

El centro de nuestra interioridad psíquica se desliza a lo largo de este “espectro” como un rayo de luz que oscilara entre ambos “polos”. Cuando nos domina un impulso, el centro de nuestra atención se mueve hacia el “polo” de las reacciones corporales. Cuando se es poseído por una idea, por el contrario, el centro de nuestra atención se mueve hacia el “polo” de los arquetipos. Es permitido suponer, como lo hizo Jung, que ambos “polos” (alma y materia) son una sola y desconocida realidad que es registrada, por la conciencia, como diversa. La denominamos “materia” cuando somos atraídos hacia el mundo (exterior) de los cuerpos. La denominamos “alma” cuando somos dominados por fantasías, ideas o sentimientos.

Jung orientó su investigación hacia este último aspecto de la única y desconocida realidad. Para su sorpresa, advirtió que los conceptos y los modelos de pensamiento que había elaborado para investigar el inconsciente colectivo exhibían una asombrosa coincidencia con los utilizados en el dominio de la microfísica. Por ejemplo, la noción de complementariedad (en Física, entre ondas y partículas; en Psicología, entre contenidos conscientes e inconscientes); la necesidad de incluir las hipótesis de la conciencia del “observador” en la descripción de los fenómenos; la limitación que implica describir solamente los “efectos” de factores inaprensibles de organización; e, igualmente, la limitación que implica poder dar de los fenómenos sólo una interpretación energética. Se descubría, de este modo, un cierto paralelismo de los modelos de pensamiento de dos dominios distintos de investigación aunque no fuese evidente una relación directa entre sus objetos.

Sin embargo, hay indicaciones suficientes de una relación entre lo psíquico y los fenómenos físicos. Esta parece ser, en primer lugar, una relación estadística en la medida en que es posible comprobar una interacción o influencia recíproca entre ambos dominios. Los estados corporales influyen en lo anímico del mismo modo que las representaciones mentales modifican los estados corporales. Tales influencias recíprocas pueden ser formuladas estadísticamente, tarea que la medicina psicosomática ha comenzado ya (2).

Ahora bien, parecería haber aún una relación más amplia entre el alma y la materia. Cuando Jung comenzó a investigar más precisamente los estratos profundos del alma inconsciente, observó, alrededor de 1930, un orden de acontecimientos que sólo mucho después decidió exponer en forma sistemática (3). Este orden de acontecimientos fue denominado por él el fenómeno de sincronicidad. Este consiste en que de un modo extraordinario (es decir, no explicable causal ni racionalmente) un símbolo que se ha constelado en el mundo interior del alma (la imagen del un sueño, una visión durante la vigilia, una inspiración que provenga del inconsciente) coincide con un acontecimiento que tiene lugar en el mundo exterior y

(2) von Uexküll, Th. Grundfragen der psychosomatischen Medizin. Rowohlt. 1966.

(3) Jung u. Pauli. Naturerklärung und Psyche. Zürich. 1952.

que posee el mismo significado. En el tiempo en que Jung inició la investigación de este orden de acontecimientos, conoció al sinólogo Richard Wilhelm, quien le ayudó a introducirse en el horizonte intelectual del I Ching, el antiguo libro chino de sabiduría que parecería estar construido, según piensa Jung, sobre la observación de tales coincidencias.

La dificultad que encuentra la mente occidental moderna ante el fenómeno de sincronicidad no reside en la aceptación de su existencia, la cual puede ser fácilmente advertida por cualquier persona reflexiva, sino en su reconocimiento en el ámbito del pensamiento científico, que se inclina a considerarlo como un mero "producto del azar".

Este fenómeno contradice precisamente nuestra opinión habitual, según la cual el alma, de la que sólo poseeríamos experiencia "subjetiva", es algo radicalmente distinto de la materia, que existiría "objetivamente" en el mundo exterior. Según Jung, esto es verdadero sólo cuando identificamos el alma con la conciencia del yo. Sin embargo, tales "acontecimientos psicofísicos improbables" pueden ser observados en situaciones en las que es activado el inconsciente colectivo, es decir, el mundo de los arquetipos (4). Jung subraya formalmente que el estrato colectivo fundamental de nuestra alma es, precisamente, naturaleza (5). "Naturaleza que, dentro de sí misma, contiene todo, es decir, tanto el inconsciente como la materia".

En la medida en la que en los fenómenos de sincronicidad se manifiestan las mismas estructuras en el mundo del alma y en el mundo de la materia, vuelven a replantearse a la observación los problemas que condujeron a la idea de la unidad del ser. Jung ha denominado este aspecto de la unidad del ser con la expresión latina *Unus Mundus* (6). La idea de un mundo único detrás de la diversidad de los fenómenos descansa, en el pensamiento de Jung, "en la suposición de que el fundamento de la multiplicidad de los fenómenos que son accesibles a nuestra experiencia en el mundo es la unidad de lo real y que no existen dos o más mundos separados o confundidos entre sí. De acuerdo a esta suposición, todo lo que es diverso o está separado pertenece a un mundo que es uno y el mismo; este no es objeto de la experiencia sino un postulado cuyo valor de probabilidad aumenta por el hecho de que hasta ahora no ha sido posible descubrir un mundo en el que las leyes naturales que conocemos no sean válidas". Inclusive el mundo anímico está enraizado en el mismo universo. No obstante, indica Jung, no hay ninguna esperanza o, en todo caso, hay muy poca, de que el ser único pueda ser percibido, ni siquiera mediante antinomias; a pesar de

(4) Jacobi, J. *Komplex, Archetypus, Symbol in der Ps.* Jungs. Rascher. 1957.
Fordham, F. *An introduction to Jungs Psychology.* Penguin. 1968.

(5) Jung, C. G. *Ein Brief zur Frage der Synchronizität.* Z. f. P. Bd. V. Nr. 1.

(6) Jung, C. G. *Mysterium Conjunctionis.* Coll. Works. 14. p. 568.
Neumann, E. *Die Psyche und die Wandlung der Wirklichkeitsebenen.* Eranos Jahrbuch. Bd. XXI. 1952. S. 169 ff.
von Franz, M.L. C. G. Jung Sein Mythos in unserer Zeit. Huber V. 1972.

ello, sabemos con seguridad que el mundo de los fenómenos reposa de algún modo en un trasfondo que trasciende a la conciencia. Sería precisamente este trasfondo el que en los fenómenos de sincronicidad irrumpe en nuestro mundo consciente.

Hellmut Wilhelm, sinólogo también, hijo de Richard Wilhelm, ha descubierto un interesante paralelo chino a la idea occidental del *Unus Mundus*. Se encuentra en el pensamiento del filósofo Wang Fu Ch'ih (1619-1692) que intentó aclarar filosóficamente el misterioso funcionamiento del Libro de los Cambios, el I Ching. Según él, toda existencia es, en última instancia, un continuo omnicomprensivo, el cual, en sí mismo, está ordenado de acuerdo a leyes. Sin embargo "se hurta a toda manifestación" y no es, por ello, directamente accesible a la percepción sensorial. De acuerdo a Wang Fu Ch'ih, se diferencian ciertas formas gracias a la dinámica inmanente de este continuo omnicomprensivo. Estas formas así diferenciadas participan en su estructura y en su posición de la legalidad del continuo. Puesto que estas formas son en sí ordenadas y obedecen, por ello, a un orden legal, participan también del orden del mundo de los números y pueden ser concebidos mediante las operaciones numéricas; es decir, están dentro del campo de operación de los números y pueden ser estructurados y ordenados numéricamente como objetos, sometidos a leyes, de una teoría. Es posible también concebir estas formas directamente, sin procedimientos numéricos, por medio de las emociones y de las vivencias (estéticas). Lo propio del número es abrir el acceso especulativo y teórico a la realidad de estas formas (7).

Hay, pues, según la concepción de Wang Fu Ch'ih, dos posibilidades de acceso a estas formas: una es cualitativa, interior, vivencial; la otra es racional y orientada más bien a la captación de estructuras. Ambas conducen, sin embargo, al mismo objetivo, a saber, a la concepción de una forma o constelación correspondiente del trasfondo del mundo psicofísico.

Las formas arquetípicas brotan de este trasfondo y el fundamento del I Ching sería precisamente que esto tendría lugar en un cierto orden y en una cierta sucesión. "El I Ching", dice Jung (8), "es un sistema significativo que intenta ordenar de cierto modo y hacer legible el juego de los arquetipos".

(7) Wilhelm, H. *Der Zeitbegriff im Buch der Wandlungen*. Eranos Jahrbuch. Bd. XX. 1951.
Wilhelm, H. *Die Wandlung. I Ching*. Rhein Verlag. 1958.

(8) Jung, C. G. *Mysterium Conjunctionis*. Coll. Works. 14. p. 381.

Aun cuando el imperceptible continuo potencial, o, en la terminología de Jung, el *Unus Mundus*, parezca existir fuera del tiempo al que estamos habituados, hay ciertas manifestaciones dinámicas que irrumpen en el tiempo habitual en la forma de acontecimientos sincrónicos. El objetivo del *I Ching* sería precisamente capturar la cualidad de éstos. Su eficacia presupone que hay una cierta probabilidad en la aparición de tales acontecimientos. En su artículo sobre el principio de sincronicidad (9), Jung plantea la pregunta de si los fenómenos de sincronicidad no podrían ser, en última instancia, casos especiales de un principio de la naturaleza mucho más amplio al que denomina la realidad del orden acausal. Esta realidad del orden acausal de determinados fenómenos naturales se manifiesta tanto en el orden de la materia como en el orden del alma: en el de la materia, en la forma de las discontinuidades físicas (por ejemplo, la desintegración radioactiva); en el del alma, por el contrario, en el hecho no justificable causalmente de que todos los hombres unen las mismas propiedades con su representación de los números naturales, es decir, conciben del mismo modo las propiedades de los números naturales. Ambos fenómenos son actualizaciones regulares de la realidad de un orden acausal. En relación a ellos, forman, quizás, los acontecimientos sincrónicos sólo casos especiales correspondientes en los cuales el observador está en la situación de conocer el *tertium comparationis*, la “equivalencia del significado”. La realidad del orden que es perceptible en los acontecimientos sincrónicos se diferencia de la realidad del orden de las propiedades de los números naturales o del de las discontinuidades de la física en que las últimas han sido halladas regularmente y desde siempre mientras que los primeros parecen representar actos de creación en el tiempo. Actos de creación en el sentido de una “*creatio continua*” que debería concebirse no como una serie sucesiva de actos creadores sino como un “presente eterno” de un solo acto creador. Según Jung, lo contingente sería, por un lado, un universal existente desde siempre, y, por otro lado, la serie de muchos actos individuales de creación que tienen lugar en el tiempo (9).

De este modo, los actos individuales de creación de los fenómenos de sincronicidad no estarían fuera de orden cognoscible sino estarían dentro de ciertos órdenes de probabilidad de la realidad del orden causal que no parecen hurtarse enteramente a la predicibilidad. Las predicciones fueron buscadas en el pasado con la ayuda de procedimientos numéricos. Quizás por ello, Jung conjeturó que el arquetipo de los números naturales podría estar especialmente unido a la idea de la única realidad. Hacia el final de su vida planeó investigar la función del número en el contexto del principio de sincronicidad. De sus observaciones se desprende que, para ello, el número debía ser concebido no solamente como una construcción de la conciencia sino también como arquetipo, lo que implica entenderlo como una realidad que existe tanto en la naturaleza interior como en la naturaleza exterior.

Son estos proyectos de Jung y sus implicaciones los que deseamos continuar desarrollando en nuestros próximos estudios.

(9) Jung, C. G. The structure and dynamics of the psyche. Coll. Works. 8. Synchronicity. p. 147 ff.